

Miguel Ángel Pacheco

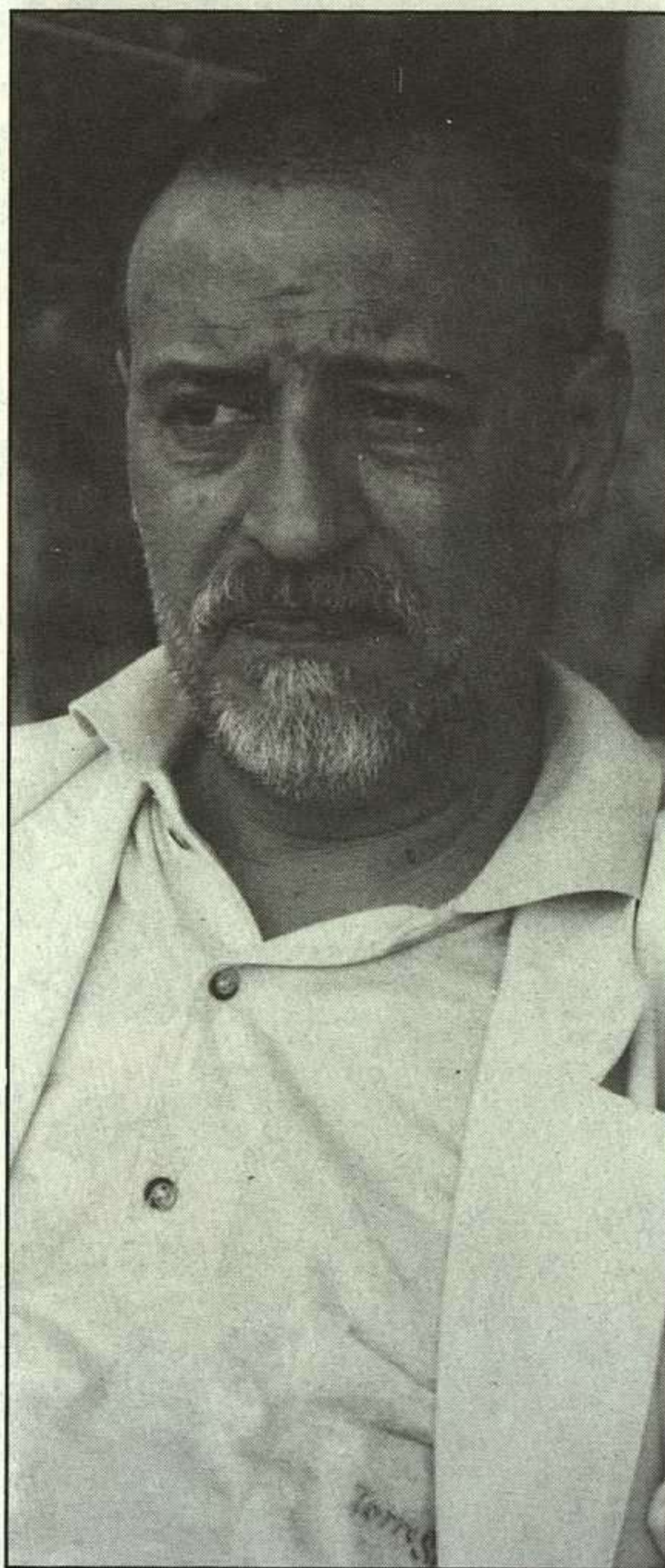
Con cuatro, cinco, seis, siete años, éste que veis en las imágenes que ilustran la revista era un niño bastante corriente, acaso un poco más desgaliñado y orejudo que la media, pero nada fuera de lo normal, vaya. Lo único que realmente lo distinguía de los demás es que, un buen día, se encontró con una espléndida biblioteca.

No era una biblioteca escolar, porque entonces aún no existían; no era pública, porque las habían cerrado; ni municipal, porque estaba en obras... Se trataba de una biblioteca familiar, aunque con un par de peculiaridades curiosas. La primera, que era enorme, ocupaba tres grandes salones y contaba con más de cuatro mil libros, casi todos cuidadosamente encuadernados. La segunda, que la familia aquella no sólo no la visitaba jamás, sino que incluso tenía cerrados con llave aquellos salones, pues entre sus libros, que habían sido del abuelo, había varios prohibidos...

En fin, hay que aclarar que hacer y decir cosas así era moneda corriente en esos años, no os vayáis a creer.

Naturalmente, el niño aquel, tremendamente intrigado por lo de los libros prohibidos, no tardó en hacerse una copia de las llaves de aquellos salones, y siempre que tenía oportunidad —que era casi siempre, pues en esa época se prestaba poca atención a lo que hacían los niños— se pasaba las horas muertas leyendo, primero algunos libros prohibidos, por supuesto, pero a continuación, un montón de permitidos.

Allí, desde luego, conoció al execrado Voltaire y al impío Don Pio. Y allí descubrió, pormenorizadamente, los velados secretos de la generación...



eso sí. Pero también se familiarizó con las trampas de John Silver o con la locura del capitán Acab, con el valor de Nostromo, o las desdichas del monstruo del doctor Frankenstein. Allí se dejó llevar por las márgenes del río Congo, en compañía del buen Stanley, en busca del doctor Livingston, a

través de los grabados de una cuidada edición de sus viajes; o allí ensayó a perderse, en un plano de los tiempos de la Conquista, por el recorrido de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en las selvas de Florida... entre otras aventuras no para descritas aquí.

Ciertamente, a veces, no entendía ni la mitad de lo que caía en sus manos, pero siempre se embriagaba de su fragancia, se dejaba exaltar por su embrujo, se entregaba a su fascinación, como sólo un niño sabe hacerlo. Y así, transcurrieron allí los momentos más ricos y felices de su niñez —y aun puede que de toda su vida—, allí sintió y comprendió cosas con tanta eficacia como en la mejor de las escuelas. Fue en efecto una escuela espléndida, un taller mágico para su curiosidad. De modo que durante meses y meses, mintiendo a unos y a otros —pues hacía novillos regularmente para encerrarse allí— el niño aquel se abismó apasionadamente en aquel montón de libros... Os juro que no hubo en ese tiempo nadie más poderoso ni más afortunado que él.

Mudanzas de la caprichosa Fortuna hicieron que, años después, sus trampacerías fueran descubiertas y se le clausurara para siempre lo que ya se había convertido en su biblioteca.

Hoy la devoran los ratones, sin que aquel niño, pese a que se ha convertido en un hombre, tenga derecho alguno a reclamarla... Pero eso, acaso carezca de importancia, por un lado, porque los ratones también tienen derecho a divertirse, y por otro, porque muchas de aquellas páginas siguen frescas en el corazón infantil de aquel niño privilegiado que, de algún modo, vive todavía. ■



en jardines de la fa

